

UN RETO AL PERIODISMO (II)



El juicio más largo de la Historia concluyó con el veredicto más rápido

RICARDO ALARCÓN DE QUESADA

L A GRAN IRONÍA del caso de los Cinco parece ser su relación con los medios de comunicación.

En Miami el caso tuvo una cobertura desmesurada y los "periodistas" y medios locales fueron instrumentos claves para crear un ambiente de odio irracional que condicionaría un resultado preestablecido por el gobierno. Los supuestos profesionales de la prensa distorsionaron los hechos, mintieron y fabricaron una imagen que mostraba a los acusados como amenazas inminentes para la comunidad. En su condición de asalariados encubiertos del gobierno, los tales "periodistas" cumplieron con lo que orientó quien les pagaba.

Coordinaron su actividad con la Fiscalía y con los grupos terroristas desde la fase de selección del jurado y lo hicieron especialmente para introducir, más de siete meses después del arresto, una nueva y totalmente inventada acusación de "conspiración para cometer asesinato". Alrededor de esta infame calumnia giró la mayor parte del juicio y de la atención mediática. El jurado se vio asediado constantemente por entrevistas y conferencias de prensa de colegas y familiares de las víctimas, realizadas ante ellos a la entrada y a la salida del tribunal. Después volverían a encontrarlos en sus casas por la radio y la televisión. En sus pro-

prios hogares podían además verse a sí mismos perseguidos por cámaras y micrófonos cuando abandonaban la sede de la Corte.

Más allá de Miami el proceso de los Cinco no atrajo el interés de las grandes corporaciones de la información. Del caso no se habló en los despachos de las agencias cablegráficas, no apareció en las publicaciones impresas ni en la radio y la televisión fuera de la Florida. No encontró espacio una sola vez ni en los canales de televisión dedicados exclusivamente a los tribunales que transmiten veinticuatro horas diarias en Estados Unidos.

¿Cómo explicar ese desinterés? Era, entonces, el juicio más prolongado en la historia de Estados Unidos; en él comparecieron, como testigos, generales, coroneles y altos oficiales y expertos militares, un almirante y un asesor del Presidente de la República; desfilaron ante la Corte connotados terroristas, que se identificaron como tales, algunos ostentando indumentaria guerrera, se trataba de un pleito que implicaba las relaciones internacionales y cuestiones vinculadas, real o supuestamente, con la seguridad nacional y el terrorismo, tópicos predilectos de los grandes medios. Pero nadie dijo nada más allá de la prensa local, para el resto de la gente el juicio sencillamente no existió.

Ignoraron el tema fuera de Miami, aunque sus corresponsales y emisoras filiales en

ese lugar lo reportaron todos los días y participaron con entusiasmo en el frenesí mediático que inundó la ciudad.

La férrea censura impuesta a este caso permitió la asombrosa impunidad con la que las autoridades protegieron a los terroristas y castigaron injusta y cruelmente a cinco hombres que los enfrentaron heroicamente, desarmados, sin emplear la violencia, sin hacer daño a nadie. La Fiscalía nunca escondió que ese era su propósito. Lo dijo con todas las letras, muchas veces, como consta en las actas del proceso, sin preocupación alguna porque confiaba en el riguroso silencio de los grandes medios, porque sabía que el público normalmente no lee las transcripciones oficiales ni asiste a las sesiones del tribunal y se entera de lo que allí ocurre por las versiones periodísticas.

Los jurados, por su parte, veían cada día, durante más de medio año, cómo en la sala del tribunal los fiscales charlaban amistosamente con testigos que alardeaban de su militancia violenta y su trayectoria terrorista, escuchaban las encendidas arengas de unos y las amenazantes peroratas de los otros.

Al regresar a casa con sus familias y sus vecinos, las mismas imágenes los acosaban. Eran rostros y voces conocidas.

Poco antes habían surgido por los mismos medios cuando secuestraron a un niño de seis años, Elián González, desafiaron al

gobierno federal y a sus jueces, crearon el caos en la ciudad y amenazaron con incendiarla. Recordaban que nadie fue castigado ni enviado ante ningún tribunal. Los jurados, habían sido testigos de aquella insólita impunidad y temían que se repitiese y se volviera ahora contra ellos si no entregaban el veredicto exigido por la turba y así lo habían confesado muchas veces cuando se les entrevistó durante el proceso de selección del jurado. Tenían miedo.

Y el miedo aumentó después, según pasaban aquellos largos meses y crecía, cada vez, más cuando los "periodistas" los perseguían con sus luces y sus micrófonos. Muchas veces se quejaron y la Jueza les dio la razón. Pero todo siguió igual.

Los fiscales, por su parte, les repetían hasta el cansancio que ellos, los jurados, tenían una grave responsabilidad, de ellos dependía, nada más y nada menos, que la supervivencia de los Estados Unidos y de esa comunidad que los estaba mirando.

Tenían miedo y se sentían abandonados. Ni una sola voz se alzó en los medios locales para defenderlos y llamar al sosiego y la prudencia. Querían sobre todo terminar con aquel maldito juicio, regresar a casa y ser olvidados.

Les tomó poco tiempo decidirse. El juicio más largo de la Historia concluyó con el veredicto más rápido. Pero eso, tampoco fue noticia. **(Tomado de antiterroristas.cu)**

Asesinaron a Félix, pero no su ejemplo

El 11 de septiembre de 1980 el terrorismo financiado por Estados Unidos asesinó al diplomático cubano Félix García Rodríguez en plena calle de Queens, Nueva York. La mano ejecutora fue la de Pedro Remón Rodríguez, un terrorista norteamericano de origen cubano pagado por Estados Unidos.

Félix García fue interceptado en su vehículo y baleado por el sicario Remón, integrante del grupo contrarrevolucionario Omega-7. Al estrellarse el auto de Félix contra un vehículo que transitaba en dirección contraria, el asesino se bajó y volvió a dispararle.

Las denuncias del Gobierno cubano recalcan entonces la impunidad con que actuaban en suelo norteamericano los grupúsculos contrarrevolucionarios, autores de numerosos atentados contra los representantes de la Isla en la ONU. Es la misma impunidad con la que hoy se pasean por las calles de aquel país.

Remón, con una extensa hoja de servicios en el terrorismo contra Cuba, cómplice de Luis Posada Carriles en la preparación del atentado contra el Comandante en Jefe Fidel Castro, en Panamá, el 18 de noviembre del 2000, detenido allí y luego indultado por la expresidenta Mireya Moscoso, entre otras fechorías, es señalado también como el asesino del joven de origen cubano, radicado en Puerto Rico, Carlos Muñoz Varela, el 28 de abril de 1979, por sus activas relaciones con Cuba.

A Félix se le recuerda por su sencillez, originalidad, simpatía innata y desbordante, habilidades múltiples, desenfado desprendimiento y sentido de solidaridad humana.

Su masivo funeral en Cuba, además de reflejar el repudio de nuestro pueblo a las cobardes agresiones que durante décadas han realizado mercenarios al servicio del imperio, también conllevaba la ira de todos los que lo conocieron.

Llevaba la Revolución en las venas y todo lo que hacía era regido por los principios que había abrazado para toda la vida.

Ese es el ejemplo que Félix nos deja: de trabajador infatigable, conducta vertical y combatividad permanente.

Allende abrió para siempre las grandes alamedas

LAURA BÉCQUER PASEIRO

“QUIZÁS SEA ESTA la última oportunidad en que me pueda dirigir a ustedes. La Fuerza Aérea ha bombardeado las torres de Radio Portales y Radio Corporación. Mis palabras no tienen amargura, sino decepción, y serán ellas el castigo moral para los que han traicionado el juramento que hicieron (...) Ante estos hechos solo me cabe decirle a los trabajadores: Yo no voy a renunciar. Colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo (...) Tienen la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales, ni con el crimen, ni con la fuerza. La historia es nuestra y la hacen los pueblos”.

Estas fueron las últimas palabras del presidente chileno Salvador Allende a su pueblo. El aliento de un revolucionario cuya gestión fue truncada por el odio de aquellos que no permitirían otro gobierno socialista en estas tierras.

El 11 de septiembre de 1973 Chile despertó con la noticia del golpe de Estado contra el Gobierno constitucional de la Unidad Popular, encabezado por Allende. Unas Fuerzas Armadas apuntadas por la CIA, irrumpieron en La Moneda, sede del Gobierno, consolidando lo que era un secreto a voces: Washington haría todo cuanto estuviera a su alcance para interrumpir el proceso democrático y sacar de allí a quien tenía un verdadero compromiso con los chilenos.

Para el Norte injerencista era demasiado descabellado un programa político que establecía redistribuir el ingreso y reformar la economía, comenzado por la nacionalización de las más importantes industrias, así como una amplia reforma agraria.

“No veo por qué tenemos que quedarnos acá y ver cómo un país se toma comunista por culpa de la irresponsabilidad de su



propio pueblo”. Así se expresaba Henry Kissinger, principal asesor del entonces presidente de Estados Unidos, Richard Nixon (1969-1974), respecto de la seguridad nacional. Los “irresponsables” eran para este señor, los miles de chilenos que votaron por la Unidad Popular, coalición política que ganó las elecciones en 1970.

En este escenario, jugaron como les es usual: financiando campañas de descrédito, manipulando a la opinión pública, e implementando bloqueos económicos con el fin del aislamiento

de Santiago, para impulsar así la desestabilización interna. Algunos documentos consultados recogen las declaraciones de Nixon, cuando muy exaltado dijo: “Tal vez aún exista una posibilidad de un 10 %, pero ¡hay que salvar a Chile! ... no me interesan los riesgos que esto implica... hay diez millones de dólares más disponibles...”.

¿Por qué tanto ensañamiento contra un Gobierno? A los ojos de Washington, Allende era un provocador, un marxista constitucionalmente electo, que zarandeaba el escenario geopolítico y demolía la doctrina con la Unidad Popular para los desposeídos.

El cuartelazo chileno significó la traición de los militares a su Constitución, a su Presidente, a su pueblo; inició uno de los capítulos más grises en la historia reciente del país austral, dando paso al fascismo, a la destrucción sistemática de la obra de Allende y del movimiento obrero y democrático chileno, y por ende, a la instauración del primer modelo del capitalismo salvaje de la era neoliberal.

Recordar este crimen, a 39 años de ejecutado, es tener la certeza de que tanto tiempo después, los procesos sociales no se detienen y continuarán abriendo “las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor”, como sentenciara ese gran chileno que fue Allende.